

Por último, debes advertir que es verdad lo que te digo, de que los hombres son los que casi siempre tienen la mayor parte de los defectos de las mujeres. En otra ocasión te demostraré este axioma con más solidez, porque ahora es tarde y vamos á comer.



CAPÍTULO IV

En el que se trata una materia entretenida

No es muy común lograr por esposas mujeres dóciles ni maridos prudentes y sensatos, ya sea porque no

se merecen unos á otros ó ya porque no se saben escoger. El Espíritu Santo dice que *la mujer buena se dará al hombre por sus buenas obras*. Sin duda las tenía en su abono el coronel, pues mereció lograr una mujer tan dócil como Matilde, la que lo escuchaba con tanto gusto, que siempre aprendía y aprovechaba las lecciones morales que aquél le daba, adoptando las máximas que trataba de inspirarle. Para ella era un oráculo su marido; y ya se ve que él no desmerecía tal concepto, pues no se contentaba con decirle lo que era bueno ó malo, sino que procuraba convencer su entendimiento con la razón y la experiencia, y para asegurarse de que ella no accedía á su parecer por ceremonia sino por convencimiento, la enseñó desde el principio á que le propusiera las objeciones que encontrara en cualquier asunto para desvanecerlas. Matilde lo hacía así, y de este modo tenían unas conferencias divertidas.

No quedó muy satisfecha de la inferioridad de las mujeres respecto de los hombres, según vimos en el capítulo anterior, y así no tardó en tocar el mismo punto á su marido.

Una ocasión le dijo:—Aunque el otro día me hablaste tantas cosas para probarme que las mujeres somos inferiores á los hombres, yo á la verdad no lo entiendo bien, porque veo practicar por éstos lo contrario de lo que debía ser, en caso de que fuéramos tan inferiores como dices.

Todos los hombres y en todas ocasiones nos han respetado y respetan de tal manera, que nos convencen ciertamente de que son inferiores á nosotras. En este particular soy hasta ahora de la opinión de mi hermana. Ciertamente no haré alarde de esta superioridad que me concede mi sexo, ó sea la *culta moda*, como ella dice; mas no por eso dejaré de conocer que somos algo más de lo que tú quieres persuadirme que somos.

Tú me dices muchas cosas que me convencen un poco de lo que me quieres persuadir; pero veo que los hombres practican con nosotras unas acciones, no sólo comedidas y atentas, sino humildes y serviles, las que no harían si no estuvieran penetrados de nuestra natural superioridad. En la calle, en los paseos, en los estrados, en los templos y en todas partes nos significan sus rendimientos, de modo que parecen nuestros criados ó vasallos. Yo, á la verdad, quisiera que los que comen mi pan y cobran mi salario se portaran como los hombres con las mujeres. ¡Oh! en tal caso ¡qué bien servida estuviera de mis criados!

Estos rendimientos no los puedes negar. Si un hombre va por la calle con una dama, le da el mejor lugar y le presenta su brazo; si lo visita, la baja de la escalera; si sube al coche, es la primera, le da la mano y el asiento superior; si está en la mesa, la sirve los platos y la copa; si entra en un baile, se levanta, le cede su

lugar, y él se queda en pie; si juega, ella alza y es preferida antes que el hombre; si entra en el templo, le da el agua bendita; si alguno la ultraja, la defiende; si se le cae algo de la mano, se apresura á levantárselo; si ella se enfurece y lo maltrata, lo disimula; si levanta contra él la mano enardecida alguna vez, no sabe el hombre vengarse sino con humilde sufrimiento... En fin, en todas partes manifiesta el hombre ser inferior á la mujer. ¿No es esto una verdad? ¿Conque cómo he de creer que no tenemos tal superioridad sólo porque tú lo dices, y porque no somos generales en la guerra, ni ministros ó magistrados en la paz? Vaya, hazme ver cómo está eso para que me desengañes, si es un error la opinión de mi hermana, que yo admito.

—Lo es, en efecto, le dijo el coronel, y es un error origen de otros muchos, que conspiran á hacer infelices á las mujeres que lo adoptan. Verdaderamente ellas son dignas del aprecio y estimación del hombre culto, y este aprecio hace que les tribute su respeto y que les ceda en muchas ocasiones la preferencia que á él le toca; mas estos respetos y atenciones debe recibirlos la mujer juiciosa, ó como un premio debido á su virtud, ó como un efecto de la generosidad de los hombres, y nunca los exigirá como unos derechos debidos á su soberanía por ser mujer.

En virtud de esto, no debes creer que todos los

hombres y en todos tiempos les han tributado sus respetos, como dijiste. Si algunas veces han hecho las mujeres en el mundo el papel de señoras, otras han desempeñado el de esclavas de los hombres, á proporción del capricho de éstos y de las costumbres de los países que han habitado. Mr. Tomas, en la pintura que hace de las mujeres, corrobora esta verdad con unos términos tan claros y precisos, que yo no me atrevo á sustituirlos con otros, ni menos quiero, compendiando ni disfrazando sus razones, usurpar la gloria que se merece este célebre francés; y así te referiré algunos párrafos de su obra al pie de la letra.

«Si examinamos, dice, los países y los siglos, veremos casi en todas partes adoradas las mujeres y oprimidas en todos tiempos. Nunca dejó el hombre perder la menor ocasión de abusar de su fuerza; antes bien se prevaleció siempre de la debilidad de su sexo, prestándole al mismo paso homenaje á su belleza y haciéndose á un tiempo su esclavo y su tirano. Parece que la misma naturaleza, al formar unos entes tan dóciles y blandos de corazón, se ocupó más en sus gracias que en sus dichas; pues rodeadas por todas partes las mujeres de angustias y temores, entran por mitad á sufrir nuestras miserias y se ven sujetas á otras muchas que les son particulares. A nadie pueden dar la vida sin exponerse á perder la suya propia, y cada achaque periódico que experimen-

tan altera su salud y amenaza sus días; su belleza se ve acosada de mil crueles enfermedades, y cuando se ven libres de este accidente, al paso que el tiempo se la marcha, las va también consumiendo cada día; entonces no les queda más protección y auxilio que el triste derecho de la compasión, y el recurso á los recuerdos de una memoria agradecida.

»Hasta la misma sociedad les aumenta los males de la naturaleza. Más de la mitad del globo está llena de hombres rústicos y salvajes, entre quienes las mujeres son infelices en extremo. El hombre rústico que apenas conoce sino lo físico del amor, feroz é indolente al mismo tiempo, activo por necesidad, pero inclinado al ocio por una pasión casi insuperable; ignorando asimismo todas aquellas ideas morales que suavizan el imperio de la fuerza, considerada como única ley de la naturaleza por la ferocidad de sus costumbres, manda despóticamente á unas criaturas que, haciéndolas iguales suyas la razón, las sujeta, no obstante, por su debilidad y flaqueza. Las mujeres son entre los indios ¹ lo que eran los ilotas entre los de Esparta, esto es, un pueblo vencido y obligado á trabajar para los vencedores. De aquí nacía que en las orillas del Orinoco, movidas las madres de compasión, solían matar á sus hijas luego que nacían, cre-

¹ Habla el autor de los indios bárbaros y salvajes; bien que nadie lo desmentiría si dijera que entre las naciones cultas europeas hay hombres que imitan á los indios, y á veces por caminos más vergonzosos, pero de esto se hablará en su lugar.

yendo que esta compasión bárbara era una especie de obligación.

»Entre los orientales vemos otra especie de despotismo y de imperio, es á saber, la clausura y esclavitud casera de las mujeres, autorizada por la costumbre y sagrada por las leyes. En Turquía, Persia, Mogol, Japón, en el vasto imperio de la China, vive una mitad del género humano oprimida por la otra, naciendo el exceso de semejante opresión del mismo amor excesivo. Toda el Asia está llena de prisiones, donde la beldad esclava espera siempre los caprichos de un dueño ó tirano y donde una multitud de mujeres juntas no tienen más sentidos ni voluntad que la de un hombre solo; sus triunfos no son sino instantáneos; pero sus competencias, odios y furros son el ejercicio de cada día. Allí se ven precisadas á pagar su misma esclavitud con el más tierno amor; ó bien, lo que aún es mayor tormento, con la imagen de un amor que no tienen; allí el despotismo de mayor vituperio las somete á unos monstruos que, no perteneciendo á ningún sexo, deshonran los dos á un tiempo; ¹ allí, finalmente, no sirve su educación sino á envilecerlas; sus virtudes son forzadas, sus satisfacciones tristes é involuntarias, y después de algunos años se hallan con una vejez larga y horrorosa.

¹ Habla de los eunucos ó esclavos castrados que las guardan.

»En aquellos países templados, donde los ardores más remisos dejan á los deseos mayor confianza en las virtudes, no han sido privadas las mujeres de su libertad; pero la severa legislación las ha colocado en casi todas las cosas bajo la dependencia. Al principio fueron condenadas al retiro, y separadas tanto de las diversiones como de los negocios; después quisieron los hombres insultar su razón mediante una larga tutela. En unos climas se ven ultrajadas por la poligamia, la cual les concede por compañeras perpetuas sus mismas competidoras y concurrentes; en otros están sujetas á los insolubles lazos que comunmente unen para siempre la dulzura con el desabrimiento y la ternura con el odio. En aquellos países donde son más dichosas, deben no obstante reprimir sus deseos, y se ven oprimidas; en lo que mira á disponer de sus bienes, vense privadas de su misma voluntad por las leyes, y esclavas de la opinión que las domina con imperio, se les imputa á delito aun la apariencia misma; hállanse rodeadas por todas partes de unos jueces que son á un tiempo sus seductores y tiranos, y preparándoles ó disponiéndoles sus defectos, se los castigan con la deshonra y se usurpan el derecho de mortificarlas con las sospechas. Tales, poco más ó menos, la suerte de las mujeres en todo el orbe. Los hombres son con ellas indiferentes ó tiranos, según los climas y edades: unas veces la opresión

es fría y tranquila, como es la del orgullo; otras es violenta y terrible, cual es la de los celos; de suerte que cuando no son amadas no son nada y cuando son adoradas están expuestas á mil tormentos, y así tienen que temer igualmente tanto el amor como la indiferencia. Por fin, parece que la naturaleza las ha colocado en las tres partes de la tierra, entre el menosprecio y la infelicidad...

»Sin embargo, es preciso confesar que no todos los hombres fueron igualmente injustos, pues en algunos países se tributaron públicos respetos á las mujeres; las artes les han levantado monumentos y la elocuencia ha celebrado sus virtudes.»

Hasta aquí Mr. Tomas á nuestro intento, y ya ves, según esta pintura, que las mujeres, lejos de haber disfrutado generalmente los gajes de aquella soberanía á que se consideran acreedoras casi siempre, ya más, ya menos, han sido el juguete de los hombres, á proporción de sus caprichos, costumbres, climas, religión y gobierno.

—Todo está bueno, contestaba Matilde; pero no dudando de la verdad de ese autor, quisiera saber en qué somos las mujeres inferiores á los hombres; porque ciertamente, si lo somos tanto, no puede haber mayor infelicidad que ser mujer, y una infelicidad tanto más dura, cuanto que caemos en ella sin culpa nuestra, pues no está en nuestra mano elegir sexo.